



DISCURSO PRONUNCIADO POR EL'

Almirante ISAAC FRANCISCO ROJAS

EN EL ACTO DE HOMENAJE A LA

REVOLUCION LIBERTADORA

EN SU XV ANIVERSARIO

Y AL

Tte. Gral. D. Pedro Eugenio Aramburu

Realizado en el

LUNA PARK DE BUENOS AIRES

el día 16 de Septiembre de 1970

DISCURSO DEL ALMIRANTE ISAAC FRANCISCO ROJAS

Señoras, señores:

Una mañana, hace quince años, los argentinos escucharon una confusa sinfonía de noticias y rumores, sorda al principio pero siempre creciente, anunciadora de que otra vez algo grande había irrumpido conmoviendo el país como tres meses antes.

Esta vez no sólo eran las bombas aeronavales estallando en la Plaza de Mayo por orden del almirante Toranzo Calderón. Ahora el temporal de la rebeldía bramaba en todos los horizontes de la Patria, levantado por una insurrección cívico-militar, dramático estremecimiento concertado para abatir la armazón totalitaria fabricada diez años antes, "para que durara cien años", según dijo en uno de sus arranques de megalomanía el tirano que la erigió para que sirviera de cárcel y patíbulo de las libertades del pueblo argentino.

Había llegado la hora del cambio de la marea y el reflujo arrollador crecía desde el fondo de incontables conciencias, cubriendo todo el ámbito patrio como preludio alborozado de la vasta limpieza requerida para tornarlo habitable y devolver a todos su decoro.

El deber colectivo, largamente contenido, encontraba al fin el curso de su movimiento en la Revolución Libertadora venida tras los esfuerzos y sacrificios de tantos ciudadanos que nunca podremos olvidar. Muchos de ellos cayeron para siempre, antes de ver restaurado el honor nacional hecho jirones y lavados los ultrajes causados por la corrupción y el avasallamiento.

Como hombres de esa Revolución, nuestra conciencia no hallaría reposo si permitiendo que se debilite la fe en sus ideales o dejando empalidecer el recuerdo de sus mártires y héroes, no la honrásemos con la intensidad y el respeto reclamados por los hechos de definitiva validez moral que jalonan la marcha de la nacionalidad, añadiendo de ese modo, a la ingratitud que rebaja, la deslealtad al espíritu de nuestro pasado.

Justificados sentimientos de fidelidad y definidas posiciones de apoyo para el movimiento libertador —que suscitó la colaboración de muchos, grande o modesta pero siempre valiosa— exigen que, coincidiendo con edificantes disconformidades de antes y de siempre, esta convocatoria asuma el significado de una reafirmación de nuestras convicciones democráticas, de nuestra fe en la República, a través del sentimiento consciente de adhesión al sistema de la libertad, cuando hoy asistimos a los desbordes que amenazan sepultarla bajo los escombros de las instituciones históricas.

La misma gratitud nos impulsa a evocar aquí —sin olvido de ninguna otra— las sombras gloriosas de cuatro ilustres ciudadanos cuyos nombres son ya inseparables de

los fastos de nuestra historia y están indisolublemente unidos a la Revolución Libertadora. Pertenecen al general Lonardi, el jefe, noble e intrépido, cuya espada dio la esperada señal en la hora solemne y rechazó laureles que no halagaban su orgullo militar ni condecían con su magnanimidad; al general Ossorio Arana, su bizarro compañero de lucha y subordinado directo, en cuya alma refulgía tan pura la modestia y la generosidad, como en el pecho su probado valor; al contraalmirante Robbio Pacheco, en cuyo espíritu se conjugaban las más arraigadas convicciones liberales y democráticas con la tenacidad antitotalitaria y el arrojo en la acción, y al general Pedro Eugenio Aramburu, en cuya evocación me detendré, en esta asamblea dedicada a honrar su memoria, porque su reciente muerte, tan tremendamente injusta como espantosamente trágica, le confiere los títulos póstumos de sacrificado defensor de los derechos del pueblo y mártir de la reacción antidemocrática que nos agravia.

Por haber expuesto la vida en la Revolución Libertadora de 1955 y haber ejercido, con honradez y sabia prudencia, el mando supremo de la Nación, nuestro pueblo le había reconocido sobrados méritos que lo hicieron acreedor a la categoría cívica de eminente benefactor de la Patria. Y por haber salvado con tacto y firmeza los grandes y complicados obstáculos dejados por la segunda tiranía; por haber encarado sin cálculo interesado la solución de los innumerables problemas heredados; por haber sabido mantener un hoy envidiable estado de paz interna; por haber presidido un gobierno que se esforzó para que el país se encarrilase dentro de las normas que aseguran el acatamiento y ejercicio de los derechos y garantías constitucionales; por haber entregado el poder en manos de quienes fueron elegidos en las urnas y, finalmente, por haber combatido en la arena política buscando soluciones republicanas para la Nación, la historia recoge su nombre porque, además, pertenece a quien la presentó al mundo luciendo, otra vez, su faz tradicional, tras haberla depurado al máximo de las manchas y deformaciones que antes la hicieron poco menos que irreconocible.

No hace dos meses que las campanas doblaban en homenaje fúnebre al ciudadano benemérito cuya inicua inmolación estremecía, de uno al otro confín del país, las conciencias no adormecidas. La sobrecogedora posa señalaba un gran infortunio nacional.

El bárbaro sacrificio del general Aramburu es una agresión del submundo de la miseria moral más alevosa lanzada a la Revolución Libertadora y a la integridad civilizada de la Nación. Aunque los verdugos hayan nacido aquí, aunque algunos puedan tener vieja sangre de esta tierra, los rechazamos como compatriotas.

Indios salvajes de nuestros desiertos, gauchos indómitos de nuestras pampas y quebradas, feroces caudillos de la campaña bravia se anunciaban con los alaridos del guerrero y acompañaban sus sangrientas hazañas con el retumbar de las cabalgaduras en tropel. Mataban y morían lanzados de frente al enemigo. Entremezclados por millares, los huesos de unos y otros se blanquearon al sol de los tiempos heroicos. Pero de pronto advertimos azorados que nuestro suelo ha sido invadido; que sentimientos extraños y ajenos modos están dispuestos a rematar la legendaria hidalguía criolla.

La impunidad del crimen no reconocería atenuantes y merecería eterna condena, si al delito sin ejemplo se sumasen causas que impidieran su total esclarecimiento, dejando incógnitas sin despejar. La Nación tiene el derecho de saber, por su propio prestigio, por el de la justicia, por el del aparato de seguridad del Estado, cuál es el trasfondo que ha originado la tragedia y quiénes son los responsables de haber cerrado a la República un camino que podía conducirla al orden institucional. Maliciosos comentarios dañan el buen nombre del gobierno, pero como éste y el ejército, por autorizadas voces, han reafirmado su voluntad de justicia, debemos seguir en la espera, confiando en los solemnes compromisos asumidos públicamente.

Otros sacrificios de vidas, otras ráfagas de violencia criminal han agitado al país y han merecido una condenación a la que nosotros, hombres de orden y de respeto, nos sumamos sin considerar los campos ideológicos a que hubieran pertenecido las víctimas. La muerte, que todo lo iguala, y ante cuya majestad nos inclinamos, no puede hacernos olvidar, sin embargo, que el teniente general Dn. Pedro Eugenio Aramburu llevaba al costado la réplica del sable del Libertador y había lucido en su pecho la banda presidencial, altas insignias de la República que honradas como él las honró, son blasones sólo reservados, excepcionalmente, a los beneméritos de la Patria.

Los frecuentes hechos de vandálica criminalidad y temeraria depredación, pública y privada, nos muestran a una Argentina que vive en prolongada conmoción interna, cuyas complejas causas alimentadas también desde el extranjero, se conjugaron en la descomposición político-institucional desatada por la segunda tiranía, dando origen al pronunciado debilitamiento de las propias defensas sociales durante el período crucial en que pudieron ser fortalecidas, configurando así el histórico delito cometido contra la Patria y la seguridad de su futuro.

Mientras tanto, desde el llano, viejos y nuevos demagogos atizan el incendio al reprimir la condenación del delito, encontrando paliativos al robo y a la destrucción, y disculpas al asalto guerrillero, al desborde jerárquico, al terrorismo generalizado.

Bien dijo el hijo acongojado al honrar al progenitor cuando conoció su fin: "Mi padre fue cobardemente asesinado por su adhesión inquebrantable a los ideales de libertad y democracia. Si su muerte contribuye a apaciguar la violencia y a encauzar el país hacia la normalidad, que él también anhelaba, su sacrificio no habrá sido estéril."

Compartimos el sentido vindicadorio y al mismo tiempo generoso de la afirmación y adherimos a tan noble invocación a la paz nacional por la que el general Aramburu vivía hondamente preocupado. Ello fluía de su ser y así lo demostraron todos los actos de su vida pública, aun aquellos que —si bien con profundo pesar— tuvo que afrontar con energía a la cabeza de la Junta Militar del gobierno provisional, precisamente con el fin de asegurar la paz de la República gravemente amenazada.

Sostenemos que en cada adicto a los totalitarismos, en cada enemigo de las instituciones republicanas, en cada adversario de la libertad, en cada hombre que no se crea obligado a defender la de su prójimo, tanto como la suya, hay un victimario moral del general Aramburu, o una complicidad también moral, cuando no intelectual, de su asesinato. Todos los que admiten o pretenden introducir en el cuerpo político de la Nación cuñas de filiación totalitaria, incluyendo a los que renegaron, sin enmienda conocida, de la organización ajustada a derecho que había rescatado la Revolución Libertadora, los que no se han desprendido de sentimientos de adhesión a la tiranía, cuyos "méritos" todavía aplauden y elogian para cubrir sus propios rencores, tienen la responsabilidad del espectáculo de disolución moral que el pueblo de Mayo ofrece en estos días al asombro del mundo.

También les cabe responsabilidad en el tenebroso drama a las "terceras posiciones", en realidad columnas avanzadas del comunismo internacional, ocupadas infatigablemente en propagar la confusión y el odio destructor. Entre ellas, la que actúa desde el llamado "tercer mundo" sacerdotal, que ha dispuesto de tiempo y libertad suficientes para inocular en medios tenidos antes por seguros reductos del orden social y del espíritu cristiano de justicia, virulentos factores de perturbación al amparo de seráficas apariencias.

A pesar de las declaraciones de una gran parte del clero que no comparte esas ideas, y de las serenas admoniciones de la alta jerarquía eclesiástica, la infección ideológica ha penetrado, reptante y envolvente, en numerosos hogares cristianos, destruyendo células básicas de nuestra sociedad con el morbo de la violencia.

Determinados ateneos, cursos, cursillos, peñas y exhibiciones, amparados por derechos de enseñanza y de expresión, capciosamente ejercidos, redoblan sus esfuerzos para "lavar" el mayor número posible de cerebros jóvenes, preferentemente de estudiantes aventajados, dispuestos y de carácter, con lo que se pierden reservas de capacidad, necesarias para nuestros destinos colectivos. Se busca así la formación de anticuerpos que rechacen las ideas y tendencias de nuestra tradición liberal, abandonada en beneficio de un presunto criollismo sectario que se esfuerza por deformar la historia, asignando a las dos tiranías méritos y virtudes que suenan a blasfemia.

¡Cuánta razón asistía al general Aramburu cuando dijo, refiriéndose al sectarismo: "...Es la fanática agrupación de fanáticos alrededor de una idea o doctrina adoptada como verdad absoluta y única, sin transigir ante nada, sin escuchar otras razones, sin permitir juicios opuestos, sin admitir la menor discusión". ¡No podía entonces sospechar que perdería la vida en manos de un grupo de sectarios de ese tipo, instigados por otros de la misma especie con ceguera capaz de conducirlos al fanatismo homicida!

La indiferencia o la tibia actitud que hoy se observa en grandes sectores ante la dirección y alcances del destino común, es menos disculpable en un pueblo que, como el nuestro, tiene la fresca experiencia envilecedora del despotismo y ha sido saludado por el mundo como el primero que fue capaz de derribarlo por su propio esfuerzo, sin ayuda extraña.

Muchas de las heridas recibidas, que continúan abiertas después de tres lustros, empiezan a parecer como naturales ante la frialdad de los neutrales de ahora, no pocos de los cuales han olvidado la angustia con que ayer pedían salvación.

Bien dijo el presidente Aramburu en la ciudad de San Luis: "Indiferente es aquel que ve hacer sin intervenir, quedando encerrado en el egoísmo de su propia comodidad o indolencia, adaptándose a las circunstancias. Indiferente, en nuestro caso es, además, aquel que se mantiene alejado de las cuestiones de la argentinidad creyéndose buen patriota por el solo hecho de haber nacido en la Argentina. De la indiferencia a la docilidad no hay un paso siquiera. Y docilidad es esclavitud. El indiferente es el voto en blanco de la vida. Y una tiranía es el triunfo de la indiferencia. Para que jamás nuestro país sea convertido en el feudo de un nuevo tirano, debemos combatir a los indiferentes. El combate consiste en educar. Quienes puedan educar, deben hacerlo. La Revolución, con toda autoridad y responsabilidad moral, advierte a quienes aspiran al gobierno que un poder que se obtenga en base al arrastre de los indiferentes lleva en sí el estigma del fracaso."

Nosotros sostenemos que uno de los más nocivos estímulos de la indiferencia es el de los que toman como blanco de sus flechas a los políticos. No en vano el tirano los atacó con malévolos astucia, sin discriminación visible. Sabía bien que ellos formaban en las filas delanteras de la resistencia, la llamada a establecer, después de su derrota, los hábitos permanentes de vigilancia contra las recaídas fatales, a través del esclarecimiento de los derechos y garantías del ciudadano y de la resistencia en contra de las arbitrariedades sectarias, ya sean gubernamentales, sindicales o de otros grupos. El escepticismo popular en relación con los políticos, los partidos y la función de la política misma, fue el primer aliado del destructor de la Constitución de 1853.

No caeremos en la ingenuidad de afirmar que todos los políticos son intachables. Pero identificar a los malos con la política es una argucia propia de la dialéctica demagógica encaminada a preparar el terreno para la creación del partido único, grotesco remedo de la siempre invocada representatividad popular. La variante de los partidos organizados o limitados compulsivamente sólo agrega alternativas que también violentan la libre determinación, al pretender encasillar las inquietudes cívicas fijándoles rumbos mediante ordenamientos autoritarios, quizá bien inspirados,

pero desprovistos de la fuerza vital que nunca se encuentra fuera de las palpitaciones ciudadanas.

La historia de los partidos se confunde con la de la democracia. Esta sucumbiría sin aquéllos. De ahí entonces que esos órganos de la República, políticos y vitales, deban ser fortalecidos para protegerla y vigorizarla, pero no para traicionarla si, apartándose de su función formadora y orientadora de la opinión pública, degeneran hasta convertirse en verdugos del sistema que deben sostener con esfuerzo y lealtad.

La libertad de asociación, bajo cuyo amparo se organizan, no admite que sea desnaturalizada, apañando indebidamente ideologías e intenciones que se propongan demoler los cimientos que soportan el orden republicano y liberal de nuestra democracia que es, precisamente, el escudo de la libertad.

El Estado está obligado a intervenir para impedir que esos partidos y frentes políticos de filiación totalitaria accionen, cualquiera sea el rótulo que exhiban. Y los gobernantes que no se avienen a cumplir con ese deber elemental e insoslayable, se transforman en cómplices de los propósitos y maniobras destructivas, del mismo modo que si, dejándose engañar por falsas proclamaciones de adhesión a los principios constitucionales vigentes, no evitan que en la práctica se los pisotee para subvertir la forma de vida adoptada por el pueblo argentino.

Nuestra tradición democrática, nacida en Mayo, registra como antecedente precatorio los recaudos establecidos en la convocatoria resuelta por la Asamblea General Constituyente del año 1813, que estatuye como condición, entre otras, para poder ser electo diputado: "...principalmente estar acreditado de un modo indeficiente su fervorosa adhesión a la libertad del país y una virtuosa imparcialidad, que lo ponga a cubierto de la nota escandalosa de faccioso..."

Y en nuestros días la Ley Orgánica de los Partidos Políticos, sancionada constitucionalmente en 1965, excluye de la participación en los comicios, al no reconocerles existencia legal, a las organizaciones que no propugnen el sostenimiento del régimen democrático, representativo y republicano, y el de los principios y los fines de la Constitución Nacional, agregando la imposición de no llevar a la práctica, por su doctrina o por su acción, "la negación de los derechos humanos, la sustitución del sistema democrático, el empleo ilegal y sistemático de la fuerza y la concentración personal del poder".

Mientras tanto, se observa con azoramiento y honda preocupación que la corporación organizada sobre bases dictatoriales que al tirano le plugo establecer, cortejada por todos los gobiernos posteriores al de la Revolución Libertadora, sigue atrayendo los notorios halagos oficiales en las instancias más altas. Me refiero a la C.G.T. "única y fuerte", expresión renaciente de uno de los brazos de actuación coactiva que por sus conocidas connotaciones políticas ha asumido la inocultable representación del partido de la dictadura. Desbordada por encima de sus funciones gremiales, no ha dejado un solo momento de incubar en su seno la más cerrada oposición al sistema institucional expresado por la Constitución.

No es extraño entonces que el asombro invada a muchos al observar, además, en ciertos coloquios y "mesas redondas" el desarrollo de temas que incluyen referencias indulgentes y hasta elogiosas del régimen dictatorial y de su creador, sin que sobresalga en el tono exigido por el decoro ninguna voz que recuerde a oyentes, espectadores, participantes y organizadores, las persecuciones implacables llevadas en contra de los políticos, partidos y obreros democráticos por quien, confirmando su ruindad, exhala todavía hoy bocanadas homicidas en contra de sus propios compatriotas y se declara admirador incondicional de los dictadores comunistas, incitando a la destrucción y a la violencia total.

Por otra parte, frente a la frecuencia con que cierta prensa escrita, oral o tele-

visada, oculta o deforma la verdad de un pasado reciente que ensombreció a la Patria, no renunciamos a nuestro deber de exponerla llamando a las cosas por su nombre, aunque ellos arrastren recuerdos amargos, porque nos preocupa que la juventud sea engañada a través de silencios maliciosos y torcidas interpretaciones.

Pueden alegarse más que suficientes razones para que resulte inevitable la mención de la antinomia libertad-totalitarismo, siempre vigente, aunque ahora se pretenda disimularla con expresiones que han venido a reemplazar el segundo término, tales como "integracionismo", "participacionismo" o "comunitarismo", sin que las variantes de denominación alteren, en modo alguno, el fondo de la irreconciliable diferencia.

A despecho del claro fundamento de estos reparos, cierta frascología en uso pretende sugerir que esta definida e insalvable oposición de principios esconde supuestas "fobias" y "resentimientos", con lo que se quiere atribuir a actitudes meramente emocionales el disenso más dramático de nuestra historia inmediata.

Tampoco podemos admitir que se intente rebajar la divisa libertadora de setiembre al menguado nivel de una "bandera circunstancial" o de "prejuicios que hay que superar" —como también se ha sugerido desde altas posiciones— porque entonces al aceptar que se arrie capitularíamos sin motivo ni derecho alguno altas dignidades de la República que no nos pertenecen, puesto que no se hizo para dirimir antagonismos políticos, ni para apañar apetencias de poder, ni para guiar una facción, sino para restituir la Patria al pedestal de sus viejas tradiciones.

La segunda tiranía es también parte del conjunto de experiencias vividas por la Nación y no podemos eliminarla del contexto histórico. Pero exigimos que se la ubique, como a la otra, con su verdadera dimensión y trascendencia, tal como expresara el general Aramburu, entonces presidente provisional:

"La Revolución aspira a la continuidad histórica con el aprovechamiento de todo lo bueno y de todo lo malo, y por ello no admite la unión del 43 con el 55."

Así como las expresiones tiranía, injusticia, totalitarismo y otras, recuerdan trágicas situaciones de infortunio colectivo que no hubiéramos deseado volver a mencionar en relación con nuestro destino próximo, nos complace evocar lo que felizmente abundó en la sucesión de los tiempos pasados y dibujó el perfil del ser argentino; lo que será siempre ejemplar y digno de ser imitado; lo que resume la tradición creadora que formó nuestro estilo de existencia; lo que podemos abarcar, en suma, con las palabras honor y libertad.

De muchos modos se estimula la desintegración social, se enardecen resentimientos internos y se sirven los planes del comunismo internacional, ejecutados desde hace años bajo enseñanzas que los ocultan, pero cuyos frutos inconfundibles cubren casi todo nuestro continente. La guerra no declarada se está librando dentro de las diferentes fronteras con el propósito siniestro de quebrantar por partes y en todos los terrenos las defensas del mundo libre con el deliberado fin de aislar a la ciudadela que no es otra que los Estados Unidos. El impresionante despliegue naval estratégico ruso en todos los mares del orbe, recientemente denunciado, debe servir de advertencia a los más distraídos. La infiltración ideológica extremista ha penetrado profundamente en las capas de la clase media, sostén principal de nuestro orden social. Las acechanzas y las correrías de ablandamiento se multiplican en el frente doméstico y en el de los países hermanos, también convulsionados. Desde lejos se apunta a Iberoamérica donde abundan los "quislings" intelectuales. Elegida ella por ser un campo bien abonado no interesan las disputas entre Moscú y Pekín. Ambas centrales utilizan ampliamente los servicios del dictador cubano que ha puesto su patria bajo las órdenes de aquéllas para herir a América.

Pero hoy debemos prepararnos para defendernos del nuevo peligro que ya planea

sobre la patria de O'Higgins, porque si allí se instalase un gobierno comunista no sería bastante alta la Cordillera como para impedir el contagio directo.

El ex-presidente provisional amaba por naturaleza y convencimiento la libre determinación. Tanto confiaba en ella y en la juventud que no vaciló en declarar la autonomía universitaria. En oportunidad del acto solemne dijo: "Corresponde a los estudiantes, en el ámbito universitario, el aprovechamiento integral de los bienes que se ponen al alcance de sus manos, y en la práctica de las normas y modos democráticos que ella enseña como forma ordenada de ejercicio interno de la libertad".

No podemos suponer entonces, que la juventud estudiosa haya visto con indiferencia el asesinato de quien devolvió a los claustros la libertad de acción que el tirano les había arrebatado. Pero como sus voces no se han sumado a las que condenaron el crimen, forzoso es admitir que la eficiencia de los grupos extremistas ha impuesto una dirección minoritaria a la masa estudiantil, negando su capacidad para organizarse y hacer triunfar sus convicciones republicanas, como lo deseaba el general Aramburu.

El general Aramburu estaba situado enfrente de toda tendencia autoritaria y sentía que para combatirlas era esencial respetar y salvar la dignidad del hombre. En un país, en un continente donde la fuerza sin frenos erige frecuentemente gobiernos "de facto" de indefinida duración bajo las más variadas invocaciones, el ejemplo ofrecido por el jefe del gobierno de la Revolución Libertadora ha asumido una significación notable universalmente reconocida. Los problemas por él heredados no fueron de menor importancia que los de ahora, muchos de los cuales —los fundamentales— tienen relación directa con aquéllos. Había que reconstruirlo todo comenzando por la fe en las instituciones desquiciadas por la tiranía. Habría podido resolverse una dilatada prolongación del estado revolucionario. Gran parte de la población lo reclamaba y muchos lo hubiesen aceptado de buen grado. Pero tal solución no entraba en las intenciones del gobierno provisional. Su jefe, antes que creerse ungido por un "destino manifiesto" para llevar sobre sus hombros tan pesada carga, confió en la madurez del pueblo para decidir por sí mismo la suerte de la Nación. De este modo evitó, además, que las alternativas y los resultados de la función gubernamental, necesariamente compartida con las Fuerzas Armadas, alcanzasen a socavar el prestigio de estas instituciones, no llamadas a asumir tamañas responsabilidades políticas y administrativas, no originadas en el mandato popular.

Su confianza en el buen sentido ciudadano era inquebrantable. Creía en el orden institucional. Al proclamar en 1956 el restablecimiento de la Constitución de 1853 dijo en Concepción del Uruguay: "La Revolución, tan necesaria como argentina, quiere identificarse con el espíritu de Mayo, que es para la nacionalidad tres veces luz: vieja, nueva y eterna. En la parábola histórica marca otra cumbre la Constitución Nacional sancionada otro primero de Mayo. De aquella oportunidad a ésta el país vivió intensamente. Y en honor de aquellos inspirados, de cuantos sufrieron y lucharon, de quienes en el trabajo forjaron la grandeza nacional con sus brazos o con el intelecto, hoy, el Gobierno Revolucionario proclama con fuerza obligatoria la vigencia de aquella misma Constitución. Con su letra y con la sangre de su letra, se hizo una Nación por sobre la desorganización y el despotismo". De este modo y por sus labios, la Revolución Libertadora reanudaba el culto oficial de la tradición interrumpida torpemente.

Otra vez se oían los viejos bronces de la Patria y sus sonos ahogaban los ecos de las vociferaciones de quien se propuso darnos una nueva historia, manchó los símbolos venerados, dispuso de trofeos y reliquias ganadas con la sangre de nuestros guerreros y, entre otros alucinados raptos, estuvo a punto de intentar la formación

de una nueva Iglesia nacional después de arrimar la tea a la de Roma, sin importarle las torturas morales del pueblo.

Correspondió a la Revolución Libertadora devolver a la Nación el impulso civilizador para que retomase al amparo de la Constitución fundadora el camino de su pacífico progreso volviendo a los cauces liberales que el aluvión totalitario había tratado de cegar. La enunciación de declaraciones, derechos y garantías de la Carta reimplantada resume, en forma admirable, una de las grandes concepciones del pensamiento humano aplicada a la organización de una Nación libre, puesto que está inspirada en el espíritu de la civilización humanista-cristiana, fuente de la vida social del pueblo argentino. Ese espíritu, presente desde tiempos anteriores a la Independencia, fue captado después, por la generación precursora del ordenamiento institucional de la República, al fin resuelto en 1853 por los padres de la unidad nacional.

Su acatamiento leal fue la base de nuestro asombroso adelanto, en tanto que su compulsiva abrogación, iniciada con deliberado designio en 1943, señaló el principio de la declinación que hizo pie institucional en 1949 con la sanción regimentada de un nuevo estatuto nacional.

Por eso es que el interés público de hoy no puede darse por satisfecho frente a anuncios oficiales en los que se señala la intención de instrumentar planes que nos llevarán "a una democracia estable y eficiente", ni a la reciente afirmación presidencial según la cual se "dará a la Nación la forma pública que más se ajuste a un sistema de gobierno representativo, republicano y federal de acuerdo con lo que establece nuestra Constitución" mediante "nuevas estructuras institucionales y partidarias". Las indeterminaciones contenidas en estas dos declaraciones y la aparente contradicción implícita en la segunda, contribuyen a aumentar la confusión, puesto que no señalan con precisión qué es lo que se pretende hacer y por qué para llegar a una democracia distinta de la actual, con nuevas estructuras institucionales. Los cambios de que se habla no podrían realizarse sin modificar la Constitución. La tranquilidad pública exige saber cuáles son los motivos que aconsejan esos cambios, hasta ahora no aclarados y, también, en qué consistirán las "nuevas estructuras" que se tienen en vista, nunca explicadas por sus desconocidos proyectistas, incansables prometedores de "un mundo feliz". Del mismo modo la opinión responsable no alcanza a comprender que se hable de una "transformación" integral de la Nación sin que al mismo tiempo se le diga claramente al país en qué estibaré ni cuánto tiempo demandará realizarla.

Ante las incógnitas señaladas, existe el derecho entonces de abrigar graves preocupaciones, porque a nadie se le oculta que en la Argentina han reaparecido y prosperado opiniones —a veces estimuladas por auspicios oficiales— adversas a las esencias liberales de nuestra Constitución.

Si esas opiniones se convirtiesen en propósitos y éstos se concretasen, la Nación daría un nuevo salto en el vacío como consecuencia del resultante abandono del sistema institucional de la libertad, imponente pedestal político, económico y jurídico que presidió la elevación nacional hasta alturas de las que comenzó a descender cuando fue quebrantado primero y violado después, sin interrupción hasta hoy.

Con el ingenuo pretexto de que vivimos en la "época del cambio", se pretende justificar esa violación, olvidando que el cambio no es privativo de ninguna época sino propio de la naturaleza humana, y que las mejores leyes son precisamente las que adecuándose a esa naturaleza lo facilitan sin necesidad de ser modificadas.

Las naciones modernas han alcanzado el grado de prosperidad que las distinguen, a través del sistema que nosotros hemos abandonado casi del todo, y las que se proponen serlo deben rasgar las vendas que ciegan su visión. Los que quieren

enmendar la obra del Señor acudiendo al dirigismo y al desarrollo imaginariamente acelerado, terminan provocando la lucha por prebendas y privilegios, contienda en la cual no siempre triunfa el que mejor sirve a la sociedad sino el que más astucia tiene para imponer sus intereses. Quienes propician la distribución de lo ajeno, olvidan que ante el mero anuncio del reparto la codiciada presa disminuye sorprendentemente de tamaño.

El denunciado estancamiento general del país, reflejado en los mínimos índices oficiales de su expansión económica, no es el resultado de simples o circunstanciales desviaciones. Reside, más que todo, en el sistemático y deliberado incumplimiento de la Constitución, cuyos sabios preceptos yacen sepultados bajo la formidable losa del dirigismo estatal cada día más perfeccionado. Es inútil buscar en otra parte las causas de nuestro retroceso, culpable también de amenazadoras tensiones sociales por dificultar el acceso de vastos sectores populares a una existencia más responsable, más libre y por lo tanto más digna. Las secuelas del demagógico estatismo, en muchos casos incorporadas a la legislación y prácticas administrativas actuales, impiden que el esfuerzo propio de los trabajadores, obtenga la justa recompensa capaz de hacer cada vez menos frecuentes "la miseria, las graves injusticias, las grandes desigualdades, las marginaciones, la opresión" cuya presencia fue señalada recientemente desde una tribuna ministerial, que ubicó con acierto su origen, un cuarto de siglo atrás, pero omitió señalar con precisión sus verdaderas causas, que no son otras que aquel estatismo opresivo y retardante.

Los argentinos no podemos —sin faltar a la equidad y negar la tradición de nuestra Patria— poner en duda la vocación democrática y republicana de la inmensa mayoría del pueblo y su fidelidad a los impulsos iniciales que modelaron una forma de existencia que hemos heredado tras un largo proceso de luchas, de estragos, de miserias, de heroísmo, de trabajo fecundo.

No podemos, por tanto, comprender cuál es el sentido que tienen, para nuestro ideario, las repetidas exhortaciones a una "integración" cuyo verdadero significado nadie aclara, pero que, por el contexto en que se la propone, parece basarse en la posibilidad del abandono de nuestras más arraigadas convicciones y apasionado amor a la libertad, una e indivisible. No podemos concebir siquiera semejante abdicación sin renunciar, al mismo tiempo, a la determinación de vivir de acuerdo con aquellas formas de existencia, para entregarnos a otras, extrañas y enemigas. No somos nosotros, no, quienes debemos declinar de nuestros ideales y aceptar otros que no forman parte de la idiosincrasia nacional.

Los que dejaron de estar con el país, democrático y tradicional, los que renegaron de antiguas herencias espirituales, los que no han cesado de buscar alianzas en los campos de afinidad totalitaria, son quienes deben mostrar voluntad de volver al concierto republicano, probando sus intenciones mediante una conducta coherente, única especie de "integración" admisible para unificar la comunidad ciudadana.

La gravedad de la situación nacional, determinada por los peligros que merodean, adentro y afuera, señala a cada uno su deber e indica que es urgente la búsqueda de una convergencia de todos hacia el punto desde el cual pueda iniciarse, sin riesgo de caer en emboscadas, la aproximación leal y el propuesto entendimiento.

Este punto de partida común no puede ser otro que el acatamiento honrado de la Constitución histórica, poniendo por testigo del acuerdo solemne a la Nación entera y a su honor como garantía del fiel cumplimiento.

Amigos y amigos:

Nuestra conmemoración no tiene, no puede tener, el significado de la glorificación de un hecho de fuerza, de un hecho de armas, porque además de que ya no nos pertenece, no se evocan con orgullo ni con placer los choques entre hermanos.

No venimos aquí animados por recuerdos facciosos que jamás nos agitaron ni siquiera nos rozaron. Despojados de todo sentimiento de agravio personal, de toda pasión subrepticia, que no condicen con los fines generosos de la Revolución Libertadora ni con el espíritu de quien la sirvió para beneficio de la Nación, el general Aramburu, venimos a rendir el homenaje de nuestro acatamiento al alma de la Patria.

Reafirmamos, ante la majestad de su grandeza, nuestra voluntad de servirla con honor; nuestra determinación de colaborar con lealtad para buscar la ruta por donde podamos transitar en armonía; nuestra esperanza de ver vencidas las fuerzas disociadoras que cohiben su expansión; nuestra irremisible fe en su destino y en la superación de las incertidumbres de la hora presente.

Marchemos hacia adelante apoyados en el pasado. Dispongámonos resueltos a reconstruir la Argentina para que vuelva a ser nuestro común orgullo devolviéndole su perdida jerarquía entre sus hermanas de América. La juventud tendrá que darse toda para ayudar a cumplir la augusta tarea. Por eso le pedimos que se ocupe también de la República.

Deploramos las querellas entre compatriotas, y estamos dispuestos a los más grandes esfuerzos para que no reaparezcan, porque la experiencia histórica enseña lo mucho que nuestra Nación ha sufrido por causa de ellas, hasta llegar al borde de la desintegración política total después de las dolorosas mutilaciones de la vastísima heredad original.

Recordemos los incalculables beneficios generales, la envidiable prosperidad, la pujante cultura, la fuerza, el prestigio del nombre argentino adquiridos cuando la fraternidad reinó entre nosotros. Aspiramos con pasión patriótica a que las irreconciliables enemistades cívicas de ayer desaparezcán para ser reemplazadas por la convivencia constructiva y pacífica. No deseamos que nuevos estallidos de violencia vuelvan a conmover la paz de la República. Y sostenemos con determinación inquebrantable la elección que sin vacilar ya hemos hecho entre la libertad y el despotismo, porque entendemos que la concordia nacional sólo será posible si se erige en torno de los principios que los hombres libres abrazan para sentirse dignificados.

Sobre la base de estos principios, que no admiten ablación ni negociación alguna, salvo para ser reconocidos por todos, y adoptando como prenda el respeto por las instituciones republicanas en que ellos se materializan, volverá a ser una realidad la fecunda hermandad entre los hijos de esta tierra del Plata, en cuyo seno deben tener cabida todas las disensiones, todas las diferencias, pero no el oprobio de la domesticación.

Los hombres y las mujeres de la Revolución de Setiembre de 1955 deseamos esa clase de unión —unión con libertad y no otra— y estamos ya, dispuestos a aceptar la conciliación nacional bajo su imperio soberano.

Los estandartes de la Revolución Libertadora no se arrían porque están clavados al tope y sus colores flamean confundidos con los sagrados de Belgrano, porque no son otros que ellos mismos, ni cobijan otros ideales, ni representan otra historia, ni señalan otro rumbo. Millones de conciencias argentinas recogen su fama y mañana será la Patria entera.

Repuestos de la inmensa desdicha que ayer colgó crespones en su paño, erguidos velamos las armas al pie del mástil que lo tremola. Y cuando pasemos, otros, sin cuento, las tomarán de nuestras manos y escucharán de nuestros labios las consignas que pronunciamos hace quince años, al despuntar el alba del día del destino.